

«Es tan malhadada esta tierra, decía el P. Betanzos, que no es en manos de hombres poderle dar perpetuidad ni asiento; mas antes permite Dios que queriéndola el príncipe é sus gobernantes beneficiar la destruyan, y queriéndola enriquecer la empobrezcan, é queriéndola perpetuar la des- pueblen, é queriendo dar vida á los indios los maten, y que- riendo amparar las rentas del rey las disminuyan. De ma- nera que todo lo que hacen en España para bien desta tie- rra é naturales de ella les redunde en mal, y en todo aque- llo que piensan que aciertan yerran.»¹

Pero lo que nos causará verdadera sorpresa es conocer una máxima del venerable Gregorio López, enteramente de acuerdo con los principios de la ciencia moderna. Pregun- tándole ¿qué se podría hacer que á los indios fuese más có- modo? respondió: *Dejarlos.*²

¿En qué consiste, pues, que algunas personas de mérito, algunos autores de buen criterio han considerado las leyes de Indias como un código perfecto, como un modelo de pre- visión y sabiduría? En lo que consiste la mayor parte de los juicios erróneos de los hombres: en que se ven las co- sas sólo por un lado. «Todo cuerpo, dice un lógico juicioso, Balmes, consta de tres dimensiones, latitud, longitud y profundidad; es pues, preciso examinarle por todas partes si queremos conocerle bien.»

Las leyes de Indias consideradas en cuanto á su inten- ción fueron buenas; en sus resultados malas. Respecto á la mala aplicación que de ellas se hizo, y á los errores que con- tienen, propios de la época en que se promulgaron, no se puede culpar al legislador; pero no por eso dejaron de per- judicar á los indios. Por lo que toca á aquellas disposiciones nocivas á los naturales, pero que tendían á la sujeción de la colonia y á la preponderancia de la metrópoli, era cosa muy natural que cualquier gobierno, cualquier nación hu- biera hecho, y estaba en el orden de la política; pero con esto se demuestra una verdad de mucha importancia, á sa- ber: que una nación no debe estar gobernada por otra á dos mil leguas de distancia: que un pueblo dependiente no puede prosperar, porque sus intereses se sacrifican á los de un amo: que México para adelantar debía comenzar por ser libre.

¹ Parecer del P. Betanzos, op. cit., pág. 195.

² En Solórzano, loc. cit. § 5.

PARTE CUARTA.

SITUACION ACTUAL DE LOS INDIOS. REMEDIOS.

RESUMEN.—GUERRA DE INDEPENDENCIA.

La historia de la raza indígena de México es una historia de lágrimas y de sufrimiento. Hemos visto á los indios, en la antigüedad, en sus días felices, poseyendo conocimientos notables en algunos ramos, con algunas instituciones bené- ficas y saludables; pero gemían bajo el peso de la tiranía, de los tributos, de sus crueles leyes; los agobiaba el ejer- cicio de una religión bárbara; desde niños sufrían sujetos á la disciplina de una educación en extremo rigurosa.

Son conquistados por una nación cristiana; la cruz de Je- sucristo era un faro de salvación para ellos; pero ese faro casi se apaga al impulso de una tormenta deshecha de tor- pezas y desgracias: los indios poco aprenden de la religión católica; pero la peste, la guerra, el maltratamiento los aba- ten y aniquilan. Expídense leyes en su favor; esas leyes no se cumplen en parte; otras conservan, de hecho, la servi- dumbre; algunas sancionan el desprecio; aun las que más los protegen aceleran su degradación y su ruina. Los mis- mos ministros del altar, su consuelo al principio, sus pri-

meros civilizadores, tienen que ser sujetos por las leyes civiles para que no abusen de la sencillez del indio, para que no medren con su candor. ¿Qué crímenes nefandos, espantosos, cometieron vuestros progenitores, oh desgraciados indígenas, que después de trescientos años de sufrimiento no acaban vuestras penas? El destino de la humanidad, dice un sabio moderno (Cantú), es progresar padeciendo y caminar fatigosamente á la adquisición de la verdad; pero los desgraciados mexicanos han padecido para conseguir la desgracia y el abatimiento.

He aquí que llega la noche del 15 de Septiembre de 1810.

Un humilde sacerdote, en una pobre aldea, da el grito de guerra contra los españoles; un grito más bien de instinto que de razonamiento; un intento vago más bien que un plan maduro y meditado. Sin embargo, apenas se levantan los primeros soldados de la independencia, su santo y seña da á conocer el impulso que los mueve: ¡Viva la Virgen de Guadalupe! ¡Mueran los gachupines! Estas exclamaciones han sido criticadas en nuestro tiempo. Para nosotros, humildes amantes de la libertad, esas palabras expresan el sentimiento que anima todos los partidos: desear la vida de lo que se ama y la muerte de lo que se aborrece. La Virgen de Guadalupe era la personificación de lo único que los indios encontraron de consolador en sus desgracias, de la religión cristiana; era el recuerdo de los benditos misioneros que los libraron de la garra de los conquistadores; era la memoria de los primeros pastores que los ampararon y defendieron: la imagen poética y dulce de María fué el paño de sus lágrimas, el confidente de sus congojas, el sostén de sus miserias. ¡Mueran los gachupines! He aquí una reminiscencia de la conquista: de Cholula, de Pedro de Alvarado, de Nuño de Guzmán, de la ejecución de Guatimozin, un recuerdo de la esclavitud, de los encomenderos, de la marca, del palo, de la mita. La guerra de independencia fué, pues, una guerra cruel, porque era una guerra de venganza.

Empero, los desgraciados indígenas estaban tan embrutecidos y degradados, tan débiles de cuerpo y de alma, que no sabían atacar y ni aun acertaban á defenderse. La caballería de Hidalgo se componía de los vaqueros y demás gen-

te de á caballo de las haciendas, casi todos mestizos; y la infantería, la formaban los indios armados con palos, flechas, hondas y lanzas, y muchos no llevaban armas ningunas. Presentábanse en inmenso número ante un puñado de soldados españoles y eran arrollados con más facilidad, que un león africano destroza un rebaño de corderos, llegando la sencillez de los indios al extremo de que con sus ligeros sombreros de palma querían contener el golpe de las balas españolas. Sin embargo, se notó en ellos un valor que no se esperaba, y á veces actos de crueldad, al parecer muy ajenos de su carácter. Pero pronto dieron una señal manifiesta de su abatimiento: después de los primeros sucesos desgraciados, especialmente después de la batalla de Calderón, se retiraron á sus habitaciones, y dejaron á los mestizos proseguir la guerra. Los indios no tomaron parte en los sucesos del año de 21 que consumaron nuestra independencia.

LOS INDIOS DESPUÉS DE LA INDEPENDENCIA. SU ESTADO ACTUAL.

Sin embargo, las leyes mexicanas dieron, desde luego, una satisfacción á la dignidad humana ofendida. el primer paso para levantar á los naturales de su abatimiento. Según nuestro código no hay esclavos en México, y los indios son iguales á los blancos. Apréciense lesta manifestación en su justo valor, porque si bien las costumbres todavía son hostiles á los indios, sin embargo, entiéndase que no habido, de hecho, una reforma, una mejora en el mundo, á la que no haya precedido largo tiempo la idea: cuando un derecho se reconoce, se ha dado un paso inmenso; dejad al tiempo que haga lo demás, él le convertirá en hecho.

Ya desde 1799 véase lo que el obispo de Michoacan aconsejaba al rey de España en la Memoria varias veces citada: «Quítese el odioso impuesto del tributo personal; cese la infamia de derecho con que han marcado unas leyes injustas á la gente de color; decláreseles capaces de ocupar todos los empleos civiles que no piden un título especial de nobleza; distribúyanse los bienes concejiles, y que están *pro indiviso* entre los naturales.»

Todo esto se ha procurado después de la independencia, y, sin embargo, el indio ha progresado muy poco, casi nada, porque no era posible que progresase en medio de nuestras guerras civiles, y de nuestras disensiones políticas, á las cuales el indio se ha manifestado completamente extraño é indiferente, pareciendo que el hombre de la raza bronceada ve con secreto gusto la destrucción de las otras razas, en espera de que así llegue más pronto el momento favorable para salir de su letargo, y restablecer en el país la supremacía que cree corresponderle. Los indios sólo por la fuerza, por la leva, entran en el ejército; se baten sin saber por qué, y con la misma facilidad pelean hoy por un partido y mañana por otro, sin participar de las opiniones que discuten los blancos y mestizos.

La población actual de México se calcula en 8.629,982 habitantes, los cuales se clasifican de esta manera: ¹

De origen español	2.000,000
Indígenas	2.570,830
Castas	4.025,652
Extranjeros	25,500
Negros	8,000
	8.629,982

La mayor parte de los individuos de la raza indígena habita los Departamentos del Sur, y hay lugares donde son más que los blancos; por el contrario, existen puntos en el Norte donde ha desaparecido completamente la raza indígena pura, lo cual es muy natural que suceda, porque cuando los españoles conquistaron á México, no encontraron en las provincias del Norte más que tribus errantes poco numerosas, y que ocupaban extensos terrenos.

Todavía hoy quedan restos de algunas de esas tribus, y sus individuos se hallan completamente en el estado salvaje, tal como los sérís en Sonora y los apaches en Chihuahua. Estos últimos penetran hasta el interior del país, hasta cerca de Zacatecas, asesinando sin piedad á cuantos encuentran, quemando las rancherías y poblaciones cortas, donde

¹ Véase el Boletín de la Sociedad mexicana de Geografía y Estadística, tom. 9, pág. 263 y siguientes.

no esperan hallar resistencia y talando las haciendas, muchas de las cuales han quedado casi desiertas y abandonadas. El principal objeto que tienen los indios bárbaros en sus incursiones, es robar el ganado caballar y mular. En lo único que han adelantado los salvajes del Norte, después de la independencia, es en el uso y manejo de las armas de fuego, de que los proveen nuestros vecinos los norte-americanos, y con cuya clase de armas se hacen cada día más temibles.

Hay algunas otras tribus de indios en el país, como los yaquis y mayos en Sonora, los tarahumares en Chihuahua y los lacandones en Chiapas, que no tienen de civilizados más que el estar en paz con los blancos, y haber aprendido algunas artes mecánicas, pues por lo demás viven en el más completo aislamiento, con todos sus usos y costumbres antiguas, y aun gobernados inmediatamente por jefes de entre los suyos. ¹

Véamos ahora el estado que guarda la parte más civilizada de los indios, la que más se ha rozado con la raza española.

El indio mexicano es todavía idólatra, ya lo hemos dicho: ² está muy distante de conocer la existencia de un Dios único é incorpóreo; para él no hay Dios sin cabeza, brazos y piernas; para él todos los santos católicos son igualmente fuertes y poderosos, sin conceder preeminencia si no es el que se adora en su pueblo ó al que alguna otra casualidad ha hecho objeto de su simpatía. Los indios tienen una preferencia marcada por las imágenes deformes, y el santo más feo es el más adorado en la aldea y en los campos. ¡Parece que los indios recuerdan todavía aquellos ídolos de su antigüedad sobrecargados de emblemas y figuras! Pero ¿qué extraño es esto cuando vemos que en algunos pueblos de indios se adoran todavía algunos ídolos puros ó con atributos de santos católicos? Nosotros hemos tenido en nuestras manos una especie de Huitzilopochtli á caballo, algo semejante á Santiago, que se adoraba á tres leguas de la capital.

La inmortalidad del alma es admitida por los indios con

¹ Véase la Estadística de Sonora por Velasco y la de Chiapas por Pineda.

² Véase la Parte segunda.

toda la exageración de los pueblos incultos y supersticiosos, pues creen en las almas en pena, en que se aparecen los muertos, y el día de difuntos todavía ofrecen viandas á sus deudos, como en su gentilidad, creyendo que sus almas vienen á tomar la sustancia de los manjares ofrecidos, quedando éstos al parecer sin alteración.

Pero, como desde antes de la conquista, un culto ruidoso es lo que más llama la atención de los indios: preséntanse en las iglesias adornados de plumas á bailar delante de la Virgen y de los santos, y en las procesiones quieren hacerlo todo á lo vivo; así es que la semana santa ejecutan los pasos de la pasión, las tres caídas, la flagelación, la crucifixión, etc.; todo esto generalmente de un modo ridículo, risible, que no inspira devoción, sino lástima ó desprecio. Nosotros hemos visto en el Departamento de Michoacán á Simón Cirineo icon alas! á la Verónica ide saya y mantilla! á San Juan Bautista ide calzoneras!¹ Los cohetes, las luminarias, los repiques, he aquí lo que más llama en el mundo la atención de los indios. No perdonan gasto en sus fiestas religiosas, así como en sus bodas, nacimientos y funerales, todo acompañado del uso excesivo del pulque. En esto gastan sus ahorros, de manera que rara vez se ve un indio rico, y que deje una regular fortuna, permaneciendo en la miseria durante su vida. Los que vociferan contra los ricos, y á favor de los pobres, ¿por qué no consideran que la suerte de éstos viene muchas veces de sus vicios y de su despilfarro?

Las romerías religiosas son muy frecuentes entre los naturales, y se les ve andar muchas leguas para ir á ofrecer una vela de cera á algún santo, asegurándose que todavía de algunos puntos de Michoacán, van los indios en romería hasta sesenta leguas más allá de Guatemala á visitar un Crucifijo llamado de Esquipulas, y así es que recorren más de mil leguas de ida y vuelta, pasando muchas necesidades y trabajos.²

El sistema de comunidades todavía no se acaba de extirpar absolutamente, no obstante que en este punto ha habido un cambio notable producido por las leyes llamadas de *Reforma*, dadas por el último gobierno.

¹ Así se llama en México el calzón que usa la gente del campo.
² Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, t. 1^o

En cuanto á conocimientos, los indios no tienen casi ninguno, y en vano buscaremos entre ellos (si no es que se hayan segregado de su raza), quien comprenda su antiguo calendario, quien sepa interpretar los jeroglíficos, quien componga en el elegante azteca ó en el sonoro tarasco: generalmente los indios ni aun leer ni escribir saben.

Conservan, sí, casi todos los agüeros y supersticiones de la antigüedad, siendo cosa de fe para ellos el canto del *tecolote* (buhu), las brujas, pues así llaman á las exhalaciones, el mal de ojo, los *nahuales* (hechiceros), etc., etc. Todavía, al menos en algunas partes, acompañan la medicina con prácticas supersticiosas, y sus médicos son considerados como *encantadores*.¹

Practican los indios el comercio como antes de la conquista: tienen mercado de ciertos en ciertos días que llaman *tianguis*,² y todavía se les ve reunidos en caravanas conduciendo las mercancías en hombros, y con su bordón en la mano; atributo del antiguo Mercurio indiano.³

En lo que son más curiosos y hábiles los indios es en las obras manuales y de imitación, que requieren gran calma y paciencia. Fabrican con bastante perfección tejidos de algodón, lana y otras materias, así como utensilios de barro para diversos usos, ejercitándose también en la cría de gallinas y pavos que van á vender en las plazas de las ciudades y aldeas.

Pero el ejercicio principal de los indios es la agricultura, generalmente como sirvientes de las haciendas, mostrando en las labores del campo, lo mismo que en todas sus costumbres, un carácter tenaz, y una resolución firme de no salir de sus antiguos hábitos: la práctica es su único guía, y con trabajo se consigue que hagan innovaciones, ni aun para adoptar un instrumento mejor y más económico. Los hacendados tienen que usar de toda su autoridad para introducir una máquina nueva, un arado norte-americano, cualquier cosa que no sea familiar á los indios.

Otra de las circunstancias que prueban la tenacidad del indio es el apego á su idioma: no habla castellano sino por

¹ Véase la Estadística de Chiapas, por Pineda.
² Palabra mexicana corrompida, que significa *mercado*.
³ Compárese todo esto con lo dicho en la Parte primera.

necesidad, y entre sí nunca usan sino su lengua nativa, hablándose todavía en México más de cien idiomas.

Aún recuerdan los desgraciados indígenas los trabajos que sus ascendientes pasaron en las minas, de manera que es empresa á que nunca se dedican.

Viven esparcidos en los campos formando pequeñas aldeas, y sus habitaciones son como las que en la antigüedad tenían los plebeyos, es decir, pobres chozas de adobe ó ramas. Han conservado el gusto por las flores, y es común encontrar sus pueblos adornados de huertos y jardines.

En el traje es una de las pocas cosas en que los indios han mejorado algo. Los hombres usan generalmente calzón, camisa y frazada, y las mujeres enaguas, camisa y una especie de chal que en el país se conoce con el nombre de *rebozo*. Sin embargo, no es extraño ver á los hombres, principalmente de niños, casi desnudos, y á las mujeres sin más que su antiguo *cueitl*, es decir, una pieza de tela enredada de la cintura para abajo.

Los muebles de los indios es lo más pobre que puede imaginarse: algunos banquillos de madera, una estera de palma para dormir, el *metate* para moler el maíz, y uno que otro utensilio de barro.

La comida es, por su frugalidad, digna compañera de los muebles: pan de maíz, el *atole*¹ chile (pimiento) y frijoles (judías), agregando en sus fiestas el *pulque* ú otra bebida fermentada.

Una parte de la raza indígena es completamente libre; pero otra todavía gime, de hecho, en la servidumbre. En varios lugares del país los sirvientes de las haciendas son deudores á sus amos de sumas más ó menos fuertes, y no se pueden mudar á otra parte mientras no se hayan desempeñado, y tampoco pueden cambiar de amo si no encuentran alguno que consienta en pagar su deuda, es decir, que para rescatarse de uno se empeñan con otro. En la capital misma se usa igual sistema con los operarios de las panaderías, los cuales jamás salen del taller si no es á misa los días festivos, y siempre acompañados de un capataz que no los pierde de vista. En el departamento de Yucatán ha llegado á tal extremo la servidumbre de los indios, que el

¹ Bebida de maíz.

último gobierno (de Juárez) paró la atención en ello, y encargó á la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística que redactase una ley á fin de extirpar 'completamente el abuso.

Todavía los blancos desprecian á los indios; todavía hay personas que para exagerar lo malo de un hecho dicen: «eso es indigno de un hombre *de cara blanca*.» Hace muy poco que en un distrito del Departamento de Oaxaca se trató de cobrar dos reales por la excarcelación de un blanco, y sólo un real por la de un indio; abuso que marcaba la diferencia de razas y que fué reprimido por el Ministro D. Juan Antonio de la Fuente, que desempeñaba entonces el Ministerio de Relaciones.

Los vicios que principalmente dominan á los indios son el robo y la embriaguez. Salen de sus pueblos en cuadrillas á robar á los pasajeros en los caminos cuando esperan no hallar resistencia. En las haciendas hurtan, siempre que pueden, no sólo las semillas y ganados sino aun los terrenos: apenas se descuida un propietario, el indio ha invadido ya sus tierras, y cuesta gran trabajo que suelten la presa, dándose lugar generalmente á serios alborotos. Se ha visto caso de indios arrendatarios que se han negado á pagar la renta, se han declarado dueños del terreno, y han ido á atacar al amo en sus propias habitaciones. Sin embargo, lo común es que el indio robe solamente cuando puede hacerlo sin peligro, y más bien por medio de la astucia y el disimulo que por la fuerza.

La mujer indígena merece una atención particular; trabaja mucho: hace la comida, muele el maíz para hacer el pan y el *atole*, lleva el alimento á su marido al lugar donde éste trabaja, aunque se halle á algunas leguas de distancia, teje la ropa de su familia, cria á sus hijos, y cuando tiene que caminar lleva á costas al más pequeño. En algunos lugares, las mujeres desempeñan en el campo los trabajos agrícolas, casi de la misma manera que los hombres, y á los niños se les dedica á los más duros trabajos desde la edad más tierna, pues á los diez años ya el indio trabaja en el campo y sirve de bestia de carga.